

# LOS ENIGMAS DE LA TELEVISION

José Antonio Marina

Sociólogos, pedagogos y psicólogos andan muy preocupados con la televisión. Los españoles dedican un promedio de 3-4 horas diarias a verla. La TV ha alterado nuestra costumbres, los pedagogos desconfían de su influencia, y los psicólogos no saben el efecto que tan asidua dedicación puede producir en la estructura mental de los espectadores. No me extraña su perplejidad porque la TV es un fenómeno absolutamente nuevo y mucho más complicado de lo que parece.

Si fuera tan sólo un espectáculo, como lo es el cine, plantearía menos problemas. Pero el caso es que integra espectáculo, debates, publicidad, información sobre la actualidad, es decir una variedad de contenidos heterogéneos, algunos de los cuales son ficciones mientras que otros pretenden ser un reflejo de la realidad. En un mismo formato se nos dan mentiras y verdades, ideas y publicidad. Además, las audiencias son masivas y ningún medio de comunicación ha tenido nunca un papel tan extenso —no sabemos si intenso— en la vida de los hombres.

Tal vez el antecedente más próximo tengamos que buscarlo en la popularización de la lectura a partir del siglo XVI. Todos conocemos la historia de Don Quijote, quien de tanto leer acabó siendo incapaz de distinguir la realidad de la ficción. Hasta esa época, la posesión de libros y su lectura estaban reservadas a muy pocos. Cuando ambas cosas se generalizaron, la lectura de novelas se convirtió en una peligrosa adicción que autores de la época criticaron duramente. “¿Qué ha de hacer la doncellita que apenas sabe andar

y ya trae una novela en la faldriquera?”, escribe uno de ellos. “Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras, sin pies ni cabeza, de que están llenos los libros de caballería”. Gonzalo Fernández de Oviedo, el primer cronista del Nuevo Mundo, que no era persona pusilánime, condenaba esas novelas, que eran algo así como las películas de acción de la época, por ser “una de las cosas con que el diablo embauca y embelesa y entretiene a los necios y los aparta de las lecciones honestas y de buen ejemplo”. En suma, que en aquellos tiempos la literatura ejercía una fascinación sobre los lectores que después, con la habituación, se ha perdido.

Como estudioso de la inteligencia humana —ese es mi oficio— me interesan y preocupan tres aspectos del fenómeno televisivo. En primer lugar, su capacidad para convertirlo todo en un espectáculo. Con ello los límites entre lo real y lo irreal quedan difuminados. Películas y noticieros se parecen demasiado y acaban por provocar sentimientos parecidos, que son simulacros de sentimientos. El miedo que nos producen las películas de miedo no es un miedo real, sino solo un sucedáneo. Nos impresiona la aparición de Drácula, pero al mismo tiempo no nos la creemos. Así empezamos a contemplar la actualidad entera. Asistimos a secuestros, asesinatos, escándalos políticos, y nos impresionan mientras seguimos comiendo bombones, porque aquello no parece del todo real.

En segundo lugar me preocupa la influencia en nuestra vida afectiva. Los sentimientos se aprenden. Históricamente, la educación senti-

mental ha estado encomendada a la familia, la escuela, la religión y la literatura, pero en este momento depende sobre todo de la televisión, que da preferencia a las historias sentimentales que van a conseguir mayor número de espectadores. Esta selección de contenidos no parece de fiar. Resulta que una decisión masiva, no reflexionada, realizada en una actitud de diversión, puede estar determinando parte de nuestras respuestas afectivas.

Relacionado con esto está mi tercera preocupación. Todos nos situamos ante la TV en una actitud relajada. Queremos descansar, distraernos, refugiarnos en una pasividad cómoda y tenemos, sin duda, derecho y necesidad de hacerlo. Ocurre, sin embargo, que mientras estamos en esa actitud de puros espectadores, en la que hemos rebajado nuestro nivel crítico, no sólo se nos ofrecen diversiones, sino mensajes publicitarios, propagandísticos, ideológicos. Se nos da una versión entera de la realidad que vamos a captar sin someterla a ninguna evaluación, y temo que en semejante situación seamos excesivamente vulnerables a cualquier manejo interesado.

Quedan muchos temas en el tintero, por supuesto. Con este artículo sólo pretendo llamar la atención sobre la novedad del fenómeno televisivo, su complejidad, la importancia que tienen en la vida social y personal, y la necesidad que tenemos de saber más cosas sobre él. No se trata de ensalzarlo tontamente, ni de culparlo de todos nuestros males. La TV está aquí para quedarse y lo que nos conviene es estudiar con seriedad y atención este original y fascinante medio de comunicación.